

¿Salvar el pasado o el futuro?

Los millones que llueven para reconstruir la Catedral de Notre Dame y las necesidades del mundo insatisfecho nos han llevado a una profunda reflexión que a pocos deja indiferentes. Parece burlesco, oportunista, degradante, busca pantalla, pero es la realidad de nuestra sociedad sometida a las directrices de los medios.

Ver las llamas del techo de la estructura nos recordó el incendio y caída de las Torres Gemelas. Debe haber sido tan impactante como la destrucción de Pompeya, el deterioro del Coliseo Romano, la degradación y desaparición de los principales templos del Monte Olimpo o quizás el saqueo de las piedras que cubrían las Pirámides de Giza. Cada uno de los acontecimientos del mundo que han terminado con una construcción humana han hecho madurar a las siguientes generaciones y se le recuerda como parte del pasado.

Resulta imposible recuperar la pérdida, porque la obra de los artistas iniciales será irreproducible y si se lograra con la tecnología actual, sería solamente una copia. ¿Cómo podría reconstruirse la Capilla Sixtina en caso de un desastre? Nada es eterno en la vida de la Tierra pues la naturaleza todo lo cobra. En Chile lo sabemos de sobra. Los terremotos han cambiado nuestra imagen muchas veces y hemos subsistido.

Por ello es necesario mirar al futuro y no anclarse a situaciones como las vividas que la han tratado de elevar a la categoría de ícono de la humanidad. ¿Y qué pasaría si la coincidencia, un atentado, un meteorito o cualquier evento destruyera otras construcciones en el mundo? ¿Alcanzaría con las donaciones de todos los ricos del mundo para recuperarlos? Parece ridículo.

Nadie está llamado a decirle a alguien qué hacer con su dinero, pero basta ver las muertes en Siria o en África para meditar que se puede hacer mucho con la cuantía de las donaciones, para preservar nuestro sentido de humanidad.

Notre Dame, así, ya es un ícono de la historia humana que lleva envuelta muertes, sacrilegios, conspiraciones y abusos y ello está tallado en cada una de sus piedras que hoy sangran, especialmente en Semana Santa, como un reclamo mundial de la divinidad enojada por tanta barbarie descubierta.